

El Proscrito

A M. Barrero Argielles.



I

Habíamos comido opíparamente y estábamos en la hora del café. Saboreábamos el néctar delicioso en diáfanas tacitas de China, y tomábamos á pequeños sorbos el coñac servido en copas de fino cristal. Feliciano, mi amigo y anfitrión, había libado con alguna abundancia los ricos vinos de su mesa, é íbase tornando á cada instante más locuaz y comunicativo. La volubilidad y falta de reserva de su lenguaje me hubieran sorprendido en cualquiera otra ocasión, pues mi obsequioso comensal era de suyo silencioso y huraño; pero no me causaron entonces la menor extrañeza, porque yo también sentía la cabeza algo mareada por las diversas excelencias, ya sólidas, ya líquidas, del banquete.

Fué el matrimonio el tema principal de nuestra conversación.

Defendía yo la venerable institución, "magnum sacramentum," pintando sus inefables ternuras, sus tranquilos goces y sus glorias purísimas; y con igual arrebató combatíala él, solterón empedernido, que había pasado la edad de los treinta y cinco sin haber llevado á su opulenta mansión una dulce compañera que la llenase con su encanto, con su voz, con el exquisito y embriagador perfume de su alma.

Feliciano se había reído á mandíbula batiente de lo que llamaba "mi romanticismo y mi poesía;" había descrito con horripilantes y negros rasgos diferentes escenas de infidelidad conyugal por él mismo presenciadas, y había concluído por decirme que hablaba yo con encomio del asunto, porque me había tocado en suerte una excelente esposa; pero que era el mío un caso excepcional que no podía establecer regla, supuesto que por un matrimonio dichoso, había centenares de uniones desventuradas. Por de contado que, al tiempo de exponer tales teorías, ensalzaba hiperbólicamente las ventajas del celibato, engréido con la plena libertad que le proporcionaba y con la falta de penas y el perfecto equilibrio de espíritu en que le permitía vivir, sin enfermedades de la esposa ni de los hijos, ni llanto de chucuelos, ni estrépito de juegos infantiles en

la casa, ni libros rotos, ni tinteros volcados en el escritorio, ni otros muchos inconvenientes, que afeaba y abultaba su exaltada imaginación de viejo egoísta. Sobre todos estos puntos se había empeñado el debate, que había sido reñidísimo, y al fin de tres horas de certamen, cada cual había quedado en sus posiciones respectivas, sin ceder un solo palmo de terreno, como sucede á la continua en tales casos. ¡Cuál, no sería, por tanto, mi sorpresa cuando, después de un rato de silencio, le oí exclamar suspirando:

—¡Y sin embargo, hubiera podido ser tan dichoso!

—¡Cómo! le dije, ¿pues no lo eres, no dices que lo eres?

—Hombre, repuso, no echés á perder mi confianza, ni pretendas cantar victoria sobre mí porque te revelo uno de los secretos de mi corazón. El debate está cerrado, y conste que no he llevado en él la peor parte. Ahora se trata de otra cosa. Calla el filósofo y habla el hombre.

—Ni una palabra, pues, sobre el invicto filósofo, agregué riendo, y tomé la palabra el hombre, fuera de toda discusión.

Bebió Feliciano de un sorbo la henchida copa que tenía delante, y repitió la misma frase que tanto me había sorprendido.

—¡Hubiera podido ser tan dichoso!

—Me tienes en ascuas por saber cuál fué el obstáculo que te impidió llegar hasta la dicha,

- ¿Cuál había de ser sino yo mismo!
 —No comprendo.
 —Voy á explicártelo.

II

—¿Conoces á mi prima Sara?—continuó después de un momento de vacilación.

—¿La esposa de Manuel?

—La misma, ¿qué te parece?

—Encantadora.

—Pues esa mujer pudo ser mía; me quiso con delirio.

—¿Es posible! exclamé estupefacto.

—Sara y yo crecimos juntos, prosiguió. La frecuencia del trato, nuestro parentesco, y acaso su buen corazón, la inclinaron á ser ttierna y bondadosa conmigo desde la niñez. Por mi debilidad física y por el escaso atractivo de mi persona, me hicieron sufrir mucho mis compañeros de infancia: me maltrataban, me pegaban y se burlaban de mí con increíble ferocidad. Sara me defendía de ellos en todas ocasiones, y con el poder que le daban la robustez de su salud, la exuberancia de su belleza y el esplendor de su gracia, me cubría con égida invulnerable. Así pasamos la infancia: yo acostumbrado á

su cariño y á su protección, y hecha ella á quererme y á cuidarme por costumbre inmemorial. Llegó la juventud, y con ella la embriaguez de la vida, el deseo de lo desconocido, la sed de goces, el vago ensueño de la felicidad: todo contenido y sintetizado en el suspiro amoroso, que ho y prolongado se escapaba de mi pecho. Como las mariposas se lanzan tras la llama, así voló mi corazón tras la hermosura, y lleno de emoción caí de rodillas ante diferentes beldades pidiéndoles mercedes de amor, caridad de miradas y sonrisas; pero ellas no se apiadaban de mis ruegos, desoían mis quejas, y se reían de mis actitudes reverentes, que deben haberles parecido cómicas. Fuí en mi juventud el galán más desventurado de que puedes tener noticia. El trabajo fué que se propagase la de mis malas fortunas: el conocimiento de mi mala estrella amorosa acabó de echar á perder mis empresas. No hay cosa que incite más á las hermosas á menospreciar á un galán, que el saber ha sido desdeñado por las otras señoras de sus pensamientos. Ellas, que son tan dulces y tan buenas, gozan aumentando la aflicción del afligido, contra lo que sería de justicia; mientras que, por el contrario, se dejan avasallar por el hombre feliz en lides galantes. Basta un guiño de los ojos de Don Juan, para que se consuman de amor y vayan tras su carro, como humildes esclavas.

Observaba Sara mis penas y mis derrotas y se dolía de ellas muy de veras. Cada vez que llegaba á sus oídos alguno de mis frecuentes fracasos, enardecíase su ánimo, defendía mi causa con vehemencia, y afeaba por todo extremo la conducta de los jóvenes que no me habían amado. En su concepto, eran mi alma tan noble y tan generoso mi corazón, que merecía yo, no el amor de cualquiera rapazuela del lugar, sino el de una encofetada princesa ó el de una reina coronada; y sólo explicaba el desvío femenino que me perseguía, por la frivolidad increíble de los caracteres y la ligereza incalificable de los pensamientos en la sociedad contemporánea. A medida que se multiplicaban mis fracasos, tornábase Sara más dulce y compasiva, más cariñosa y buena para mí, como si hubiera querido á fuerza de finezas, hacerme echar en olvido tantas humillaciones. Era la confidente de mis desventuras, á ella se lo comunicaba todo, ante ella exhalaba mis quejas y me plañía amargamente de mis infortunios; y Sara, grave y pensativa, prestaba oído á mis diarias elegías, y me consolaba haciéndome concebir risueñas esperanzas de felicidad. Y solía terminar sus consejos con el siguiente estribillo:

—Ya verás cómo cualquier día descubrirás á la mujer que te quiere.

Tanto repitió la frase, que acabó por picar mi curiosidad.

—¿Quién es ella?, le preguntaba con frecuencia.

—Búscala y la hallarás, me respondía.

—Creo que no existe, he nacido con mal sino, nadie me quiere; replicaba desconsolado.

—Eres tonto, tonto de remate, concluía: ¡búscala y verás como la encuentras!

Caí al fin en la cuenta de que era ella quien me amaba, y á poco de preguntársele, me lo confesó sin reticencias. ¿Crearás acaso que me sentí satisfecho de mi conquista? Pues no señor, no quedé satisfecho.

¡Qué cosa más natural, que el que me quisiera mi prima! Eramos casi hermanos, y tenía por obligación el quererme. Obtener la correspondencia amorosa de una persona de mi familia y de mi casa, no tenía nada de extraordinario. ¡Allí sí que podía hacer de las mías; pero, lo que era más lejos, fuera de las paredes domésticas, eso sí que no! No podía sentirme orgulloso de la aventura. Por otra parte, los amores caseros carecían de atractivo para mí. A la hora que se me antojaba veía á Sara y hablaba con ella; no tenía para qué rondar su casa, ni era racional pelar la pava por la ventana. De este modo, resultaban deslucidos mis amores, sin notoriedad ni resonancia, y yo necesitaba la ostentación exterior, grande y

ruidosa, para que viesen las necias que me habían desairado, que sin su pan se hacían las migas, y que no las necesitaba para nada.

No me permitía mi obcecación reparar en la inmensidad de mi victoria. Era Sara por entonces una joven deliciosa, llena de vida y alegría. Tenía unos ojazos de pestañas rizadas y negras que daban miedo, unas mejillas tan lozanas como rosas que acabasen de romper el botón, y una boquita primorosa, semejante á granada entreabierta. Su gracia y su agudeza eran proverbiales; la seriedad de su carácter y la solidez de su juicio habíanle valido la reputación de discreta; era celebrada por todas partes; volvíanse á ella todas las miradas; imponía silencio, respeto y admiración por donde quiera que aparecía. Pero siendo tan leal y sincera, no daba ocasión para que nadie la requiriese de amores. Vivía consagrada al afecto que me tenía y al tierno afán de envolverme en los esplendores de su aureola. Pero ese mismo respeto con que era vista, esa como veneración que la rodeaba, me sonrojaban en vez de halagarme, porque me hacían pensar que era tan ruin y desdichada mi suerte, que sólo me había otorgado el amor de una mujer olvidada de todos, poco solicitada y disputada por los otros hombres. No tenía rivales, y me decía en mi insensatez, que Sara se había

cogido á mí como al único asidero que le quedaba; y que á no ser por esa circunstancia, acaso no me hubiera aceptado, ó bien que, en presentándose algún otro enamorado en escena, me desdenaría y me echaría en olvido. Eran tales y de naturaleza tan extravagante mis penas, que hubiera sujetado de buen agrado á Sara á la prueba de la tentación, como el "Curioso Impertinente," si hubiera podido hacerlo; pero como no alcanzaba á disponer de los medios necesarios para someterla á un crisol tan poderoso, propúseme observar una línea de conducta que diese á conocer á las claras, que no era para mí aquella ventura una cosa del otro mundo. ¿Penetraba Sara mis pensamientos, y todo lo sufría por exceso de abnegación; ó bien no comprendía la ruindad de mis ideas y por eso continuaba queriéndome? No sabré decirlo con certeza, pues lo que pasaba en su alma por aquel entonces, ha seguido siendo un misterio para mí; pero se me antoja que miraba claramente las crisis de mi menguado amor propio, y que por exceso de bondad, de compasión mejor dicho, pasaba por alto mis miserias psicológicas. Nadie me quita de la cabeza que se había propuesto redimirme de ellas á fuerza de generosidad y de cariño.

Hallábanse así las cosas, cuando vino un acontecimiento inesperado á poner

punto á situación tan anómala. Dióse una tertulia por aquellos días en la casa de unos parientes, y Sara y yo concurrimos á la fiesta. Nunca olvidaré la belleza de mi prima aquella noche desventurada. Cubierta de blondas y encajes y adornada con flores, no parecía una mujer, sino una visión del cielo.

—Todo lo hago por tí, me había dicho antes de la fiesta: por tí quiero ser hermosa, sólo por tí deseo todas las perfecciones. Mi mayor anhelo es que me quieras, y estés satisfecho de tu Sara.

Cuando lo recuerdo (gimió Feliciano llevándose á los ojos el pañuelo), siento que me ahogan los sollozos. Entonces estaba ciego de vanidad y de soberbia, y no pude apreciar la infinita dulzura de aquel corazón. ¡Quién me diera remontar el curso de los años y volver á tejer con mano hábil y experta la tela de mi vida!

Bajó por un momento la frente, y pareció abismarse en los recuerdos de su juventud.

—El genio maléfico que me dominaba, continuó á poco, hizome ver con irritación aquellos esplendores. Humillábame pensar que mi prima me amase por lástima, y sentirme como protegido por ella; y me venían ímpetus de decirle que no la quería y que para nada necesitaba sus favores. Sin atreverme á tanto, me limité á darme humos de indiferente durante

aquella noche, bailando poco con ella, é invirtiendo la mayor parte del tiempo en vagar por los salones, charlar con los amigos y tomar copas. Entretanto, me seguía ella con los ojos por todas partes, y solía aparecérseme en la misma sala del refresco con diferentes pretextos, para verme é impedir que me excediese en la bebida. Su solicitud bastó para que me empeñase en hacer más frecuentes libaciones, á manera de los niños mimados á quienes la prohibición de hacer alguna cosa, les sirve de espuela para poner por obra lo vedado. Y acabé por perder el seso, y por entregarme al torrente de torpes deseos.

Recuerdo confusamente que, como á la media noche, estando sentado ante una mesa cargada de botellas, en compañía de mis amigos, movieron éstos conversación acerca de mi prima, y me felicitaron por haber obtenido su amor, tesoro el más codiciado de los que pudiera apetecer el hombre más soñador y romántico.

—A este Feliciano, dijo uno de ellos, le ha sucedido lo que le hubiese pasado al caminante que habiendo pedido en vano hospitalidad á las chozas, hubiese acabado por ser recibido en un palacio, donde se le hubiese sentado en el trono y se le hubiese puesto un cetro en las manos. No lo quisieron las feas, y le ha dado su corazón la mujer más encantadora que se ha conocido.

—Hombre, saltó otro, ¿de qué arte te valiste para seducirla? Ha de haberte costado mucho trabajo. Es seguro que has hecho uso de algún sortilegio. Dime, ¿has firmado algún pacto con el diablo?

Me estremecí de cólera al oír aquellas frases, que manifestaban á las claras la ruin idea que de mí tenían mis amigos, y la pobre figura que hacía yo junto á mi prima. Enloquecí, no supe lo que hice; sólo recuerdo que descorrí ante aquellos profanos el velo de mi vida, y tomé empeño en pintar á Sara como la primeramente enamorada de mí, solicitadora de mis atenciones, y anhelosa de que mis ojos se fijasen en ella. Se me figuraba que de ese modo adquiriría á los de mis amigos las grandiosas proporciones de un cincustador, amado sin esperanza, inspirador de pasiones gratuitas, y capaz de causar tempestades y terremotos en el mundo femenino. Recuerdo también confusamente que mi auditorio, que comenzó por mostrarse asombrado, gustó sobremanera de mi confianza. Algunos de los oyentes se rieron por pretexto de que les hacían gracia mis donaires, y otros me dirigieron preguntas arteras, con el objeto de obligarme á llevar el relato hasta su término. Empero ninguna frase, ni la más atrevida de todas las que declamé durante aquella larga peroración, causó el efecto de mis palabras finales, que fueron como el "clou

d'or" de mi discurso. Para articularlas levanté la cabeza, ahuequé la voz, y dirigí en torno una mirada soberbia.

—La caballerosidad, dije, me obliga á sostener mis amores; pero maldito lo que me preocupó por Sara.

—Eso nó, exclamó uno de los circunstantes: te tiene sorbido el seso.

—Mentira, repliqué; la cedería al que la quisiese.

—¿De veras? preguntaron varias voces.

—Lo dicho; la cedo al que la quiera.

No bien hube pronunciado estas palabras, oí cerca de mí el "frú frú" de un traje de seda. Volví la cabeza, y alcancé á ver por la puerta una forma femenil que se alejaba á toda prisa. ¿Era mi prima? ¿Me había oído?

Como si se hubiera desgarrado un velo que hubiese tenido en los ojos, adquirí en aquel instante la clara percepción de lo mucho que valía Sara, y de la grandeza de mi desolación en el caso de que ella me abandonara. La torpeza de mi cerebro desapareció como por encanto, y con extraña lucidez comprendí lo vergonzoso de mi proceder. Sentí que el corazón se me desgarraba, que me saltaban las sienas y que una angustia horrible se apoderaba de mi pecho. Me levanté bruscamente y corrí desalado en busca de Sara. Iba dispuesto á darle una satisfacción pública, á caer de rodillas ante ella y á besarle, si era pre-

ciso, los pies para obtener su perdón; pero no pude hallarla en ninguna parte. En vano crucé por los salones y por las alcobas y escudriñé los rincones todos de la casa. Al cabo de inquirir largo tiempo, díjome el portero que la había visto salir sola, tomar asiento en su coche y alejarse de la casa.

No dormí toda esa noche pensando en lo que había pasado, y penetrado de la convicción de que había abierto entre Sara y yo un abismo insondable. A ratos me serenaba, imaginándome que tal vez no me hubiera oído mi prima; y me decía á mí mismo que no había razón para apenarme de aquel modo, y que mis sobresaltos no reconocían más origen que el de mis vanas aprensiones.

Pero al día siguiente, cuando vi á Sara, me convencí de que todo estaba perdido. Aunque triste, ojerosa y con visibles muestras de haber llorado, me recibió con glacial indiferencia, y no profirió una sola queja.

—¿Que tienes? le dije, ¿por qué me tratas con tanta frialdad?

—Nada, repuso, no tengo nada.

—¿Acaso no me quieres ya? insistí.

—Nunca te he querido, repuso. Lo que he sentido y siento por tí, es... lástima...

III

Hondamente penetraron en mi corazón aquellas palabras, y guardé por varios días vivo en el pecho, el rencor que me produjeron; pero al fin perdieron gradualmente su fuerza, y acabé por persuadirme de que habían sido dictadas por el enojo, y de que no eran más que el velo doloroso de una herida profunda. Alimenté algún tiempo la ilusión de vencer aquella resistencia por medio de ruegos, pues reputaba imposible que la mujer que me había querido tanto, pudiese apartarse de mí para siempre. Como de continuo sucede en tales casos, mi afecto por mi prima había ido creciendo á compás de su desvío, y había acabado por tornarse en la adversidad una especie de delirio, una pasión desbordada, una obsesión de todos los momentos. Pero no hubo querella, ni plegaria, ni postración suplicatoria que la moviesen á compasión: inflexible y altiva, soberbia y rencorosa, no volvió á oírme, ni á verme, ni á curar de mí en lo más mínimo. Alma de hierro en cuerpo de mujer, fué para mí tan dura como la roca.

Dos años pasaron de esta suerte, rogando yo y resistiendo ella, hasta que fuí adquiriendo la triste convicción de que su

desamor era irrevocable, eterno su abandono. Desde nuestra ruptura comenzaron á arremolinarse en torno de ella entusiasmas adoradores, que le formaban corte humilde y devotísima. Mucho tiempo fué indiferente á tan rendidos obsequios, pero al cabo recibió con agrado los corteses homenajes del más fino y apuesto de sus caballeros. Y devoré en silencio mi despecho, y ví con desesperación que otro mortal dichoso llegase á ocupar el sitio que ella me había destinado en su corazón. Sin derecho para exigir cosa alguna, vine relegado al último término del cuadro, como los sacerdotes indignos, que son lanzados de los altares donde celebraban sacros misterios, para confundirse con la multitud de los espectadores....

Y recibí de su mano el golpe mortal, cuando coronada de azahares y vestida con traje tan blanco como su pureza, dió á su amado la mano de esposa bajo el áurea cúpula del templo, en medio de imponentes ceremonias, y de una atmósfera saturada de perfumes, armonías y suspiros. Desde entonces sentí que me moría, que acababa para mí la verdadera vida, y que el resto de mi peregrinación por la tierra, no era más que un viaje penoso á través de la obscuridad, de la soledad, y del silencio. En vano he procurado renovar el idilio de mis amores consagrando mi adoración á otras mujeres; ni me ha

sido posible quererlas, ni encontrar otra que me quiera como aquélla, y me comprenda, y me perdone. Todo concluyó para mí desde entonces.

La tristeza de mis pensamientos y el apartamiento de mi vida me han convertido en un miserable misántropo. En nada creo, nada aguardo y me río de todo; pero cuando veo á Sara al lado de su esposo, y presencio el cuadro de su ventura conyugal, me siento acometido de mortales congojas, pensando que tanta paz, tanta belleza y tanta dicha habían sido destinadas para que yo las disfrutase. ¡Cuántas veces de pie en el umbral de su puerta, he derramado llanto, al oír su acento musical elevarse como canto en medio del coro de las voces de sus hijos, y oponiéndome el corazón con ambas manos, me he sentido el más infeliz de los hombres! Me figuro semejante á Otelo, que viejo y negro, fué amado por Desdémona, y la mató, destruyendo su felicidad con mano insensata.

Pero, concluyó Feliciano, estoy bien castigado.

Y ocultó la cara entre las manos, lleno de dolor.

Cuando terminó la narración, sentí que me asfixiaba en aquel palacio. Me dí prisa para volver á mi hogar, y al llegar á él, respiré con inmensa delicia. Es verdad que no había en mi casa ricos tapices, lujosos artesonados, cuadros preciosos, ni muebles Luis XV; pero irradiaba luz de contento y estaba llena de risas y alegres voces. Necesitaba descanso, y lo hallé al lado de los seres más queridos de mi corazón. El acento de mis tiernos hijos sonó en mis oídos como un himno celestial; fueron para mí sus besos aquella noche más dulces que nunca, y cuando sus manitas sonrosadas me acariciaron, me pareció que la bendición de Dios bajaba sobre mi frente.



El Rector y el Colegial.

A Victoriano Galado
Alvarez.